



ESCRIBE

Fernando
de la Lastra
Bernal

Divagaciones en torno a las "buenasmaneras"

Recientemente ha salido una nueva publicación que trata sobre la urbanidad, los buenos modales, la cortesía; en suma, el saber cómo comportarse en determinadas situaciones, ocasiones o acontecimientos. Su título nos ahorra otras explicaciones: "Buenasmaneras", cuyos autores han sido las periodistas Ester Edwards, Graciela Romero y Constanza Vergara. La obra ha sido dividida en cuarenta capítulos claves, divididos algunos en prácticos otros, y didácticos todos. Me parece, sin embargo, que su contenido apunta a cierta clase social con algunas carencias esenciales en cuanto a los rígidos cánones que la "buena educación" exige, aunque prefiero el término "buena crianza". Aquellos que son rudos lo harán pulir; los que provienen de un medio socioeconómico precario, pero ascendente, podrán lucir nuevos estilos de vida que la cuna no les proporcionó, y los autóctonos se pondrán, todavía, más sísticos. Pero como el libro clásico de don Manuel Antonio Carreño está medio obsoleto en algunos de sus consejos decimonónicos, creo que será de gran utilidad, especialmente para los jóvenes, que los veo —en todos los estratos— bastante mal educados.

En lo personal me será de poca utilidad. Salgo muy poco de mi casa, no asisto a actos oficiales ni a inauguraciones ni a comidas y menos a restaurantes, y los pocos amigos que me quedan — todos son ya abuelos — los recibo en mi casa sin ningún protocolo. Además, mi casa es pequeña. Soy un huracán lobo estepario, cada día más neurótico; por tanto, sería un invitado feroz. Y creo, por último, que las 7 u 8 generaciones — etapas — que tengo en Santiago, más la buena crianza y los mejores ejemplos de mis padres y de mis antepasados, avalan sin jactancia mi calidad de hombre bien educado, aunque me penan todavía traumas de infancia, como haber salido obligado a comer en la mesa paterna con corbata y chaqueta, frustrarme los zapatos todos los días, no hablar mal del prójimo, usar agua de colonia y cepillarme tres veces al día los dientes, mantener las uñas limpias y cambiarme camisa, calcetines y calzoncillos todas las mañanas. Por otra parte, tanto los padres alemanes como los jesuitas me enseñaron el resto, menos cómo hacer dinero y buenos nego-

cios. En este sentido, recibí una pésima educación.

En todo caso, siempre parece que estará vigente aquello de que "lo que natura non dá, urbanitalis non presta..." El don de gente no se aprende en ningún libro. Demora algunos lustros.

Pienso que en todo esto de las "buenasmaneras" hay mucho de cursilería y bastante, también, de mito y snobismo. Pareciera que las distinguidas escritoras, epígonas del venezolano, han omitido un factor que considero de importancia, cual es el de no mencionar que nuestro pueblo — la plebe — en general es esencialmente bien educado en su sentido profundo: es generoso, hospitalario y, sobre todo, extraordinariamente solidario, factor este último que se echa bastante de menos en clases superiores. Sobre la solidaridad de nuestra gente humilde o modesta se podría escribir no sólo un libro, sino que un tratado. Es otro ángulo, por cierto, de las "buenasmaneras". Pueden carecer de ciertas fórmulas estereotipadas externas de buena educación, pero tienen, en cambio, una fineza de espíritu y una generosidad que emocionan y que ojalá poseyeran en alguna dosis muchas damas y señoras de una presunta "alta sociedad". Conste que no uso el término aristocracia... Nuestro pueblo, en suma, tiene también su código a veces bastante severo, de lo que él considera "buenasmaneras" que es inconfundible, está incontaminado, pero no está escrito en ningún tratado.

El libro que comento — sin ningún afán peyorativo — pecu en este sentido de superficial y frívolo y sinceramente no veo ni me imagino que pueda leerlo una mujer que, simultáneamente, está lavando ropa propia y ajena en una incómoda artesa y atendiendo a sus 4 ó 8 hijos propios, más otros tantos de la comadre. Sin embargo, ellas, en sus desvencijadas y desprovistas mesitas con hule y alguna florcita plástica como adorno, tienen un profundo sentido de la lealtad y de la dignidad. Por otra parte, he conocido "rotos" que han tenido actos de caballerosidad que me han dejado perplejo. Constituyen otros matices de las "buenasmaneras", esta vez de aquellos sin cuellos ni corbatas. Como ejemplo, puedo asegurar que jamás he conocido a un "roto" tacaño.

Hay un capítulo — el 26 — dedicado a los animales caseros. Y aunque no tenga mucho que ver con el tema que nos ocupa, y que pre-ocupa a las distinguidas damas, me pregunto sin ser ecólogo: ¿constituye una "buenamanera" enviar al destierro definitivo a miles de inocentes llamas y alpacas alpinas chilenas a otros países? ¿No es acaso un acto de ofensa y hasta un robo adquirirles a los aymanas sus mejores ejemplares en vil precio y revenderlos, a precios de oro en Nueva Zelanda, Australia, etc.? Aplauso, en tanto sin reserva, que algunos de estos ejemplares se envíen a Ecuador, por ejemplo, allí casi extinguidas, para propagar la raza vernácula pero sin ningún afán mercantilista.

Me consta que el espíritu con que ha sido concebido este libro es otro, ciertamente, motivo por el cual le doy mis sinceras excusas a sus distinguidas autoras. También recomiendo el libro porque es, además de útil, entretenido. Pero les ruego, al mismo tiempo, que comprendan mi punto de vista, que no es otro que en Chile, al fin, existen las "buenasmaneras" en todos sus matices, dimensiones y estratos. Incluso con las domésticas y hermosísimas llamas, que no han aprendido a ser, todavía, porritos falderos.

Y si desean, les proporciono un dato interesante en lo que a "buenasmaneras" se refiere: es la quijotesca solidaridad que existe en el gremio de los camioneros. Puede que no sopan poner una mesa "comme il faut". Pero son expertos en ayudar a los autos en panne en cualquier camino de Chile. He tenido varias experiencias en mi vida. Jamás en tales circunstancias he recibido socorro de automovilistas, pero siempre he contado con la desinteresada ayuda del camionero, a pesar de su agobiante trabajo. Me han sacado pallas, me han remolcado y hasta una vez me regularon bencina. Y gratis. Es parte de su noble oficio.

En todo caso, agradezco la lectura de este libro, por cuanto me ha hecho meditar y divagar sobre otros tópicos, de alguna manera, afines a las otras "maneras" que podrían estar implícitas en las "buenasmaneras" que generosamente nos recomiendan las versadas y agudas investigadoras.

Divagaciones en torno a las "buenasmaneras" [artículo] Fernando de la Lastra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Lastra, Fernando de la, 1932-1990

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Divagaciones en torno a las "buenasmaneras" [artículo] Fernando de la Lastra. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)